

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN COLOMBIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE
COLUMBIA EL 13 DE AGOSTO DE 1918

Señoras y señores:

El sabio director del departamento de las lenguas romances me ha invitado a hablaros hoy sobre el movimiento literario en Colombia. Esta invitación me ha proporcionado gozo y temor al mismo tiempo: temor, porque para hablaros como se debe de lo que ha hecho Colombia para la literatura, se necesitaría una lengua más elocuente que la mía; gozo, empero, he tenido, y honor grande será para mí el que mi débil voz contribuya a daros a conocer un movimiento literario cuya existencia a penas se sospecha.

Las historias de la literatura española que tenemos en las manos se limitan a describirnos lo que se ha hecho o se hace ahora en la península. Las repúblicas sudamericanas son para ellas como si no existieran. Y de este modo los estudiantes de nuestras universidades se familiarizan con los nombres de Calderón y de Lope de Vega, de Hartzenbusch y de Becquer; pero los nombres de Carlos Walker Martínez o de Miguel Antonio Caro son para ellos totalmente desconocidos.

Además, la república de Colombia no es la que más atrae la atención en nuestro país. Todos nuestros estudiantes han oído hablar de Buenos Aires, pero, ¿cuántos entre ellos se acuerdan de que, en medio de las cordilleras, existe la vieja ciudad de Santa Fe de Bogotá? Y así, si algún interés se despierta entre nosotros por lo que se ha dicho y pensado al sur del Río Grande, hacia la Argentina volvemos la vista. Y si en alguna conferencia oímos mentar a Sarmiento como al

más grande escritor latinoamericano, ya no nos queda duda; el pensamiento argentino es para nosotros el pensamiento hispano-americano.

Y sin embargo en los países españoles se conoce a Bogotá con el nombre de Atenas de la América del Sur, y se admite que allí es donde la lengua castellana se habla con mayor pureza. Desde 1871, tiene Colombia una Academia de la lengua, afiliada a la española; y al tiempo en que se fundó esta Academia, se dudaba todavía en Buenos Aires si la lengua oficial de la república del Plata era verdaderamente la lengua española, o algún idioma nuevo, una lengua argentina, distinta e independiente de la de la madre patria.

No quiero trazaros hoy un cuadro completo de la literatura colombiana. Se podrían consagrar volúmenes a la historia y al examen crítico de esta literatura; y si en el poco tiempo de que dispongo quisiera hablaros de todos los escritores de mérito que Colombia ha tenido, esta conferencia se limitaría a una seca enumeración de nombres y de fechas, de la que no derivaríais ningún provecho. Mi propósito es pues hablaros tan sólo de algunos escritores que me parecen representar la época en que vivieron y ser el reflejo fiel del pensamiento de los hombres de su tiempo.

La literatura colombiana no empieza con la Independencia. La época de colonización de un país nuevo, cuando todo el mundo tiene que luchar al mismo tiempo contra las continuas acechanzas del enemigo y contra la naturaleza salvaje, no es la más favorable al desarrollo literario. Antes de pensar y de escribir, tenemos que vivir. Y por esto, no nos ofrece muchos escritores de fama la época colonial. Hubo sin embargo, al principio del siglo diez y ocho una célebre escritora de la que quiero deciros unas pocas palabras. Esta escritora es una autora mística, una monja clarisa, y la conoce-

mos con el nombre de Sor Francisca Josefa de la Concepción Castillo.

La filosofía mística, cuyo objeto supremo es la unión inmediata del alma con Dios, remonta casi hasta los orígenes del pensamiento humano. La hallamos en los Vedas de la India. Pasa luego a Europa e inspira la filosofía neoplatónica, y especialmente los escritos de Plotino. De la obra de Plotino, se inspiran directa o indirectamente los místicos cristianos, San Agustín y más tarde San Buenaventura. Pero ninguna nación, excepto España, puede gloriarse de tener escritores místicos entre los grandes maestros de la lengua. En ningún idioma se han valido los místicos de un estilo sencillo y apasionado al mismo tiempo, natural y elocuente, cual rebosa en todas las páginas de las obras de la Seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús.

Francisca Josefa de la Concepción Castillo es digna sucesora de Santa Teresa. Su estilo transparente, puro y elegante, lleno de fervor y de elocuencia, cuyo arte parece consistir en la carencia de arte, cuya perfecta naturalidad asombra en una época en que todos los escritores de la Nueva Granada estaban dominados del más desaforado gongorismo, este estilo nos recuerda a cada paso el estilo de la Seráfica Doctora.

Y la Madre Castillo no se parece a Santa Teresa tan sólo en el estilo. La vida de la monja colombiana tiene marcadas analogías con la de su insigne predecesora. Ambas abrazaron la vida religiosa en la flor de su edad; ambas tuvieron en el convento sinsabores y persecuciones; ambas escribieron impulsadas por sus confesores; y las obras de las dos sabias religiosas tienen no sólo la misma doctrina, sino también casi idénticos títulos. La *Vida* de la Madre Castillo corresponde al *Libro de su Vida* de Santa Teresa, y los

Sentimientos espirituales de la monja americana pueden parangonarse con el *Castillo interior*.

No gustamos hoy día de escritores místicos. ¿Hay acaso uno solo entre los lectores modernos que no prefiera una leyenda de Becquer o un cuento de Clarín a una Morada de Santa Teresa? La agitación febril a que nos condenan cada día los adelantos materiales de nuestra civilización; y además la pérdida gradual de la fe cristiana entre nosotros, el desarrollo constante del escepticismo, todo esto está diametralmente opuesto al espíritu de contemplación que el místico necesita. No podemos, sin embargo, dejar de admirar a aquellas grandes almas, a aquellas voluntades fuertes que se proponían un ideal que para nosotros raya en lo imposible, y para conseguirlo, no titubeaban delante de ningún obstáculo. Renunciaban a sus padres, a sus amigos, a los honores y a los placeres, a la vida de familia, al mundo entero, y solos, pobres, desamparados del mundo, se entregaban en la soledad a la penitencia y a la contemplación. Saludemos al último de estos seres casi sobrenaturales, a la atractiva escritora, a la encantadora maestra de la lengua, Francisca Josefa de la Concepción Castillo.

La época de la Independencia colombiana es al mismo tiempo una de las más fecundas desde el punto de vista literario. Los jóvenes del Nuevo Reino de Granada estaban inspirados no sólo por el amor de la patria, sino también por el amor de las letras. Uno de los héroes de la Independencia, Antonio Nariño, funda una asociación para difundir en el pueblo el amor de la libertad, y no la llama política, sino político-literaria. Al rededor del sabio sacerdote José Celestino Mutis, se agrupa entonces toda la juventud inteligente del Nuevo Reino. Y todos estos son al mismo tiempo literatos y

hombres de ciencia, sabios verdaderos de los cuales varios atraen la atención de los sabios europeos: Francisco Antonio Zea, Domingo Duquesne, José Fernández Madrid, insigne patriota y gran poeta, Camilo Torres y otros muchos. Pero el más famoso entre todos, el que encarna mejor en su persona el espíritu de la época, y del cual os hablaré más detenidamente es Francisco José de Caldas.

Francisco José de Caldas nació en Popayán el 25 de septiembre de 1771. En aquel tiempo no había sonado todavía el grito de la independencia en el continente americano. Los países que forman hoy los Estados Unidos seguían fieles a los monarcas ingleses. Y los reyes de España se imaginaban sin duda que poseerían para siempre las más bellas y ricas comarcas del nuevo mundo.

Desde muy joven resolvió Caldas consagrar su vida entera a investigaciones científicas. Le aguardaban sin embargo dificultades casi insuperables. En el Nuevo Reino de Granada los libros eran escasos y los instrumentos desconocidos. Las *Observaciones astronómicas* de Jorge Juan fue el único libro científico que Caldas pudo obtener en Popayán. En cuanto a instrumentos, viéndose en la imposibilidad de conseguirlos, formó el gigantesco plan de construirlos él mismo. Con sus propias manos hizo un gnomon, luego un cronómetro y un péndulo; más tarde logró construir un telescopio con el que estudió los satélites de Júpiter.

Al cabo de algunos años, era un verdadero sabio y se lanzaba en el camino de los descubrimientos. En el año de 1800, a la edad de veintinueve años, descubrió la famosa ley que lleva su nombre, y que permite medir la altura de las montañas por medio del termómetro. Y, como Descartes y Pascal, este sabio era también un grande escritor. Se ha reprochado a los autores

colombianos de la época de la Independencia una grandilocuencia desmedida, debida a la ciega imitación de la ampulosa literatura de la *Revolución francesa*, y que les hacía olvidar a menudo las reglas del buen gusto. Esta exagerada pomposidad en la forma, tan frecuente en las arengas de Bolívar o en los discursos de Zea, se halla raras veces en las obras de Caldas. En su obra maestra, intitulada *Del influjo del clima sobre los seres organizados*, admiramos a un mismo tiempo la naturalidad del estilo y el vigor de las descripciones. Nadie mejor que Caldas sabe animar las escenas de la naturaleza, ora nos describa la vida del groenlandés en las heladas regiones del polo, ora nos pinte el miserable tugurio del africano en la vecindad del ecuador. Con razón se ha comparado la obra de Caldas con la de Buffon. Como el famoso naturalista francés, es observador fiel de la naturaleza y gran maestro de la lengua.

Absorto estaba Caldas en su obra científica cuando, en el año memorable de 1810 estalló la lucha gigantesca que debía arrancar del poder de España todo un continente. Mientras Bolívar combatía a los españoles con la espada, Caldas los atacó con la pluma. En el *Diario político*, que fundó en el mismo año de 1810, dio a conocer a los suramericanos cuáles eran las causas de la guerra, cuáles sus fines y sus ideales. Se impuso la tarea de ser el educador de la revolución. Y como si hubiese previsto todas las iniquidades que se cometerían en nombre de la libertad, tomó a pechos el explicar el sentido genuino de tan mágica palabra: «¿Qué es libertad?» preguntó. «¿Consiste acaso en romper todo freno y todo respeto? En sacudir el yugo de toda obligación moral y civil? En dar curso y satisfacción a las pasiones? No, este es el libertinaje,

esta es la suma de todos los vicios y de todos los males.

El hombre libre es el que obedece sólo a la ley, el que no está sujeto al capricho y a las pasiones de los depositarios del poder.

Un pueblo es libre cuando no es juguete del que manda, y cuando sólo manda la ley. 'Somos esclavos de la ley para ser libres,' dice Cicerón.

Para ser libre, es preciso ser virtuoso. Sin virtudes no hay libertad. Jamás se unió la libertad con las pasiones. Un pueblo corrompido no puede ser libre.

¿Queremos pues ser libres? Seamos virtuosos.

Hemos tenido valor para conquistar la libertad; ¿tendremos virtudes para conservarla?»

En el año de 1816, Caldas fue capturado en su antigua residencia de Paispamba y condenado a muerte por el poder español. La Universidad del Rosario donde había estudiado cuando joven, donde había hecho sus primeros ensayos científicos, se convirtió en su prisión. Allí fue donde oyó la fatal sentencia. En el mismo claustro que había amado tanto, preparó su alma para el eterno viaje. El 29 de octubre de 1816, el más grande suramericano fue fusilado como traidor al rey. Como un héroe murió el sabio escritor, pero la causa que había abrazado no murió con él. Colombia es ahora libre e independiente, y en el corazón de todos sus hijos vive la memoria del sabio que murió por libertarla.

Vino en seguida la era de las revoluciones. Colombia había conquistado su libertad; pero, ¡cuán difícil es para un pueblo el pasar de un gobierno absoluto a una libertad ilimitada! Los excesos monstruosos de la revolución francesa, la anarquía que está reinando actualmente en Rusia, llevándola a su ruina, son otros tantos ejemplos que las naciones no deben olvidar. Felices son los pueblos que anhelan la libertad; no olviden, empero, que esta libertad debe adquirirse gradualmente y que

tiene sus límites. Una libertad sin freno no es ya libertad, sino libertinaje. En vez de hacer felices a las naciones, las hace más miserables que el más absoluto despotismo. Esto es lo que desgraciadamente olvidó en varias ocasiones el antiguo partido liberal colombiano. Al llegar al poder José Hilario López en 1849, proclamó la libertad absoluta de la palabra y de la prensa. Las mágicas palabras de libertad, igualdad, fraternidad, democracia, soberanía del pueblo, con que deliraba entonces el pueblo de París, estuvieron también en boga entre las cordilleras. Los liberales más exaltados citaban a cada momento el Evangelio como el libro de donde habían sacado la doctrina de libertad, igualdad y fraternidad, y hablaban tan a menudo del Mártir del Gólgota que se les dio el nombre de gólgotas.

No os hablaré de todos los excesos que en nombre de la libertad se cometieron entonces, ni de las guerras sin número en que se vio envuelto el país. Con todo, en medio de los sacudimientos políticos, floreció la poesía. Entre los insignes poetas que ilustraron entonces la literatura patria, os citaré a Julio Arboleda y a José Eusebio Caro.

Ambos nacieron en el mismo año de 1817; ambos defendieron la verdadera libertad en el campo de batalla, en la prensa y en la tribuna; ambos fueron víctimas de la revolución; el uno desterrado del país, el otro asesinado por una mano alevosa.

José Eusebio Caro es uno de los más grandes líricos españoles. Desterrado en nombre de la libertad durante la administración de López, vino a refugiarse a Nueva York, y aquí escribió el canto sublime intitulado *La libertad y el socialismo*, en el que muestra en estrofas elocuentes hasta dónde debe ir la libertad y dónde debe detenerse. Hé aquí un pasaje de este poema:

Oh Libertad, tres veces santo nombre,
Del alma la más bella aspiración!
Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

Oh Libertad! yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al són de mi laúd;
Que desde niño amaba en ti mi mente
El bién mayor que dio a la humana gente
El Dios de la virtud.

Con la virtud en mí te confundías,
Con la Justicia, con la dulce Paz;
Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz.

A amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien;
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el Edén.

—Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
Y sólo por sus obras desiguales,
Como lo son sus obras inmortales
Delante del Señor....

Todos seguros en los varios modos
Con que a su bien, sin daño ajeno, van;
Si, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Qué orgullo y odio dan....

El justo, blanco o negro, hermoso o feo,
Estrecho u opulento en su vivir,

Inglés o chino, jesuita, hebreo...
Y aun el cegado inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir!

Y el malo, sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho—por lo que es, jamás!
Y herido sin rigor, y garantido
Contra su mismo juez; juez sometido
A un juez mayor detrás!

El hombre, nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
El fin del hombre el fin de Dios llenando!
La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley....

Eso es la libertad: la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad;
La que en la tierra de Franklín he visto;
La que me ofrece en sus promesas Cristo;
Esa es la Libertad!

Julio Arboleda es autor de un poema épico intitulado *Gonzalo de Oyón*, cuyo manuscrito fue desgraciadamente perdido varias veces en el torbellino revolucionario, y que queda por consiguiente incompleto. Pero, tal cual es, es el mejor ensayo de poema épico que tienen en Colombia, y uno de los mejores que existen en castellano.

Se funda el poema en la vieja historia de la conquista. Un caudillo ambicioso y sin escrúpulos, Alvaro de Oyón, se rebeló contra la madre patria y resolvió apoderarse de Popayán, y luégo emprender la conquista de todo el imperio del Perú. Pero su hermano Gonzalo, el héroe del poema, permaneció fiel a su patria y venció a los rebeldes.

Gonzalo de Oyón ha sido llamado el poema de la revolución colombiana. Nadie mejor que Julio Arboleda podía encargarse de escribirlo. Como Gonzalo de Oyón, luchó él durante toda su vida contra las fuerzas revolucionarias. Cuando, en 1839, el general Obando se aprovechó de la supresión de algunos conventos para enarbolar la bandera de la rebelión, Julio Arboleda, muy joven todavía, ofreció su espada y sus fuerzas al gobierno; y, cuando más tarde, en 1861, el general Mosquera puso en peligro la existencia misma de la patria, ofreció también su espada y sacrificó su vida sobre el altar de la libertad. Al estallar esta última revolución, se hallaba Arboleda en París, dirigiendo la educación de sus hijos. Pero no titubeó un instante. Voló a donde le llamaban su deber y su patriotismo. Cuando llegó a Colombia, la situación estaba desesperada. Mosquera había ganado victoria sobre victoria y el 18 de julio de 1861, había entrado triunfante en Bogotá. Pero tal situación no desalentó a Arboleda. Organizó un ejército en el sur del país, ganó la famosa batalla de Los Arboles, tomó a Popayán el 10 de agosto, y de allí marchó sobre Cali. Atravesó la ciudad durante la noche con todo su ejército sin que sintiera nada la dormida población, ocupó una posición estratégica importante y venció completamente al ejército revolucionario.

Entonces fue cuando los jefes de la revolución, incapaces de vencer al valiente caudillo, recurrieron al asesinato. El 12 de noviembre de 1861, mientras atravesaba Julio Arboleda la montaña de Berruecos, un asesino que acechaba desde una barranca próxima al camino hizo tres disparos certeros y desapareció en el bosque.

Y así murió el gran patriota, el admirable estratégico, el divino bardo, cuyo nombre, después de medio

siglo, es tan popular en Colombia como durante su vida.

Su poema, como he dicho ya, es el poema de la época revolucionaria. Alvaro de Oyón, ambicioso y perverso, atrevido en el peligro, bizarro en el combate, es la imagen perfecta del revolucionario colombiano. Siempre es el mismo, atractivo y repulsivo al mismo tiempo, y, como el Satanás de Milton, impregnado de cierta grandeza diabólica. Gonzalo es el defensor del orden y de la justicia; tan bizarro como su adversario, y animado del culto de la patria, a la que sacrifica sus fuerzas y su vida. Es el mismo Julio Arboleda; y, empero, a los ojos de los colombianos, el cantor de Gonzalo de Oyón, como el Cid de antaño, es más bien el héroe de un poema que un hombre de carne y hueso. Y tienen razón. La historia de Colombia es un majestuoso poema épico, y nadie puede figurar mejor como héroe de ese poema que Julio Arboleda.

En la segunda mitad del siglo diez y nueve, aconteció un hecho que tuvo fecundas consecuencias para las letras colombianas. En el año de 1871, se fundó la Academia de la lengua, teniendo como base de su personal a los señores José María Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, que eran ya individuos correspondientes de la española. Fijóse luego el número de doce individuos para componer la colombiana en recuerdo de las doce casas que, según la tradición, se levantaron como principio de la ciudad de Bogotá. En el año siguiente, apareció la primera edición de una de las más valiosas contribuciones de Colombia a la filología, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Rufino José Cuervo.

¿Qué influencia inclinó entonces hacia la filología a los escritores colombianos? ¿Fue acaso la introducción en el país de la gramática de don Andrés Bello,

gramática que no enseña tan sólo la estructura del lenguaje, sino que nos hace penetrar en el espíritu mismo de la lengua castellana y es fuente inagotable de fecundos pensamientos? El hecho es que por los años de 1871, apareció en Bogotá un grupo de eminentes filólogos que pronto llamaron la atención de todo el mundo. Casi a un mismo tiempo vieron la luz la gramática latina de Caro y Cuervo, la muestra de un diccionario de Cuervo y Manrique, el diccionario de la conjugación de Isaza, el alfabeto fonético y la gramática chibcha de Uricoechea, una multitud de importantes trabajos que llamaron poderosamente la atención de los sabios hacia la capital de Colombia. El amor por la filología se respiraba en el aire. Entonces fue cuando el famoso orador venezolano Cecilio Acosta, comparó a Bogotá con una universidad alemana, y, lleno de entusiasmo, añadió que la capital de Colombia podía competir con cualquier centro ilustrado de Europa.

Entre los eminentes filólogos que surgieron entonces, el más digno de atención es sin duda Rufino José Cuervo. En la época a que nos referimos, Cuervo no había cumplido todavía los treinta años, y había dado a luz, además de importantes monografías, su gramática latina escrita en colaboración con Miguel Antonio Caro, premiada por la Academia española y declarada la mejor de su género en castellano; la muestra de un diccionario, escrito en colaboración con González Manrique; las famosas *Apuntaciones* de que acabamos de hablar; y, demás, había juntado ya una inmensa cantidad de datos para ese monumento de erudición que nunca llegó a completar, el *Diccionario de construcción y régimen*.

Y todo esto lo había escrito en los pocos momentos que le dejaban ocupaciones incesantes, pues Cuervo

no había sido favorecido por la fortuna, y muy temprano se había encontrado cara a cara con el problema de las necesidades de la vida. El y su hermano Angel introdujeron en el país una nueva industria. Fundaron una cervecería, la primera que haya existido en Colombia. En esta cervecería corrigió Rufino José Cuervo el manuscrito de sus *Apuntaciones*. Allí empezó a escribir su Diccionario. Habiéndolo visitado entonces el argentino Cané, no se mostró poco sorprendido al ver manuscritos y sabias disertaciones al lado de las botellas y de los barriles.

El espíritu que inspiró las *Apuntaciones* fue patriótico y filológico al mismo tiempo. En vez de seguir el ejemplo dado por los Estados Unidos, las repúblicas sudamericanas se propusieron, al principio de su vida nacional, cortar de raíz todos los lazos que las unían con la madre patria, no tan sólo los vínculos políticos, sino también los de la literatura y del lenguaje. El odio a España se llevó a todos los campos de la actividad humana. Se desecharía la lengua española, y se adoptarían idiomas americanos, libres e independientes, el argentino o el peruano según el caso.

Cuervo vio el peligro que implicaba semejante actividad intelectual y se propuso abrir los ojos a sus compatriotas. Creía firmemente en la evolución gradual del lenguaje. Había comparado el lenguaje a un organismo condenado a cambios incesantes; pero no creía que tales cambios debiesen ser arbitrarios; y habiendo adquirido ya la lengua castellana formas definidas, hallándose en posesión de una literatura riquísima, pensaba que podían retardarse indefinidamente.

Creía además que el lenguaje era el mejor sello de unión que había de mantener incólumes las fraternales relaciones de los países suramericanos. Era el baluarte colocado por la Providencia para hacerlos fuer-

tes y capaces de rechazar cualquier ataque venido de fuera. Y como España había sido la cuna y el hogar del lenguaje de la América del Sur, como a España pertenecían las obras maestras que habían hecho inmortal la literatura de este idioma, creía firmemente que hacia España todo escritor suramericano debía tender la vista.

Y al tiempo en que se pensaba así en Colombia, los argentinos mimaban todavía la idea de un idioma nacional. El poeta Esteban Echeverría, el famoso autor de *La Cautiva*, se había empeñado durante toda su vida en crear una lengua argentina. El notable escritor Juan María Gutiérrez acababa de rechazar con toda solemnidad el título que le había concedido la Academia española.

El triunfo de Cuervo fue completo. Todas las repúblicas suramericanas, y entre otras la Argentina, tienen ya como Colombia academias de la lengua, afiliadas a la española. Pocos años después de la publicación de las *Apuntaciones*, el poeta Ricardo Carrasquilla escribió los versos siguientes, que pueden considerarse como la expresión de los sentimientos actuales de los sudamericanos:

Raza, lengua, leyes, culto,
A América con cariño
Dio España; y el mundo niño
En breve fue mundo adulto.

Y se quiso emancipar,
Y hubo lucha porfiada,
Y de Bolívar la espada
Logró rápida triunfar.

¿Porqué España ha sucumbido
A pesar de su valor?

Porque aprendió el vencedor
Las lecciones del vencido.

Porque ella nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia,
Y su gloria es nuestra gloria,
Y su mengua es nuestra mengua.

Asociado con el nombre de Rufino José Cuervo, hallamos generalmente el de Miguel Antonio Caro. Caro fue filólogo como Cuervo, y en colaboración con él, escribió la Gramática latina, pero fue al mismo tiempo poeta, crítico, filósofo, estadista. Llegó a ser Presidente de Colombia y desempeñó un papel muy importante en la política del país.

Hijo del insigne poeta José Eusebio Caro, de quien os he hablado ya, Miguel Antonio Caro fue poeta como su padre. Pero, mientras el padre fue poeta romántico, y se inspiró de Lord Byron y de Lamartine, el hijo fue uno de los devotos de la antigüedad clásica. Llegó a poseer la lengua latina como su lengua propia, y escribía versos en la lengua de Horacio con tanta facilidad como en castellano.

Y ese poeta, ese humanista, fue también notable filósofo. Atacó, con poderosa dialéctica, la filosofía de Bentham y de Destutt de Tracy, que se enseñaban entonces oficialmente en Colombia, y fue uno de los que contribuyeron a asegurar en las universidades de la República el triunfo de la filosofía escolástica.

Bastante generalizada en este país es la idea de que el literato no puede ser filósofo al mismo tiempo. No faltan las universidades en que no se admitiría como profesor de literatura al que hubiera escrito alguna obra sobre asuntos filosóficos. Este excesivo afán de especialidades es, en mi opinión, muy pernicioso. Las obras literarias reflejan el pensamiento de una época,

y no puede comprenderlas del todo el que ignora absolutamente la expresión técnica de este mismo pensamiento, tal como se halla en los escritos de los filósofos. Podemos acaso estudiar el racionalismo de los escritores franceses del siglo diez y ocho haciendo abstracción de la filosofía de Descartes? Y, para sacar ejemplos de la literatura colombiana, ¿podemos entrar en el espíritu de las obras de Carrasquilla si ignoramos el triunfo del escolasticismo en Colombia? Podemos darnos cuenta de todas las extravagancias de Vargas Vila si ignoramos la existencia de Nietzsche? Esta no es, por lo menos, la idea que tienen en Colombia. José Eusebio Caro, el gran poeta lírico, tenía preparada una obra intitulada *La filosofía del cristianismo*, que la muerte le impidió llevar a cabo. El insigne humanista Marco Fidel Suárez escribió su *Filosofía antifilosófica* para oponerse a las doctrinas ateísticas del profesor Roethlisberger. Rafael María Carrasquilla, el grande orador contemporáneo, director de la Academia colombiana de la lengua, escribió un libro de texto de *Metafísica*. Y Miguel Antonio Caro publicó, con términos técnicos, una obra filosófica, muy estimada todavía en Colombia, alabada por los filósofos extranjeros, e intitulada *El utilitarismo*.

Y esto no le impidió ser un gran poeta, uno de los primeros líricos castellanos, como dijo Menéndez y Pelayo. Hé aquí una muestra de sus versos, una bajada con tono simbólico y trascendental:

Yo busco una flecha de oro
 Que, niño, de un hada, adquirí,
 Y «guárda el sagrado tesoro,
 Me dijo, «tu suerte está ahí.»
 Mi padre fue un príncipe, quiere
 Un día nombrar sucesor

Y a aquel de dos hijos prefiere
 Que al blanco tirara mejor.
 A liza fraterna en el llano
 Salimos con brío y con fe;
 La punta que arroja mi hermano
 Clavada en el blanco se ve.
 En tanto mi loca saeta,
 Lanzada con ciega ambición,
 Por cima pasó de la meta
 Cruzando la etérea región.
 En vano en el bosque vecino,
 En vano la busco doquier;
 Tomó misterioso camino
 Que nunca he logrado saber.
 El cielo me ha visto horizontes
 Salvando con ávido afán,
 Y mísero a valles y a montes
 Pidiendo mi infiel talismán.
 Y escucho una voz: Adelante!
 Que me hace incansable marchar;
 Repítela el viento zumbante;
 Me sigue en la tierra y el mar.
 Yo busco la flecha de oro
 Que, niño, de un hada adquirí,
 Y «Guárda el sagrado tesoro»
 Me dijo; «tu suerte está ahí.»

El gusto por los estudios filológicos no se ha relajado en Colombia, y Caro y Cuervo tienen hoy día dignos sucesores. Bástenos citar a Rafael María Carrasquilla, filósofo y orador, y que se muestra también filólogo eminente en su obra intitulada *La barbarie del lenguaje escolástico*; Marco Fidel Suárez, recientemente elegido para la presidencia de la República, Antonio Gómez Restrepo, filólogo, orador y poeta.

Gómez Restrepo ha publicado ya varios volúmenes de poesías. El primero, intitulado *Ecos perdidos*, fue publicado en París en 1893, al tiempo en que el joven poeta desempeñaba en Europa una misión diplomática. Uno de los últimos ha sido un delicioso idilio, escrito en forma de drama, poema simbólico sobre el misterio de la vida humana, intitulado *En la región del ensueño*. Me inclino a creer, sin embargo, que la parte más perfecta de la obra de Gómez Restrepo son sus discursos académicos y literarios. Descuella entre ellos el elocuente discurso pronunciado ante la Academia colombiana con ocasión de la muerte de Marcelino Menéndez y Pelayo, el cual es, en mi opinión, una de las más perfectas obras literarias que posee la lengua castellana.

Escuchad con qué majestad y con qué sinceridad al mismo tiempo empieza su exordio el sabio orador:

«Señores académicos:

Este discurso no necesita preámbulo. Menéndez y Pelayo ha muerto y la Academia colombiana ha querido asociarse al duelo universal. Y toca hacer el elogio del grande hombre al más humilde de los que oyeron sus lecciones en la cátedra; a quien tuvo por él el más respetuoso cariño y la más profunda de las admiraciones de su vida; y que hace pocos días, cuando supo la noticia de la muerte inesperada del maestro, sintió en el alma la invasión de las sombras de la noche, y la impresión de frío que producen las ráfagas inclementes del invierno. El sol ha sufrido eclipse en los dominios espirituales de Castilla; aprovechemos estos momentos en que la penumbra convida a la meditación, para valorar la pérdida que hemos hecho; para honrar la memoria del muerto, dando gracias a Dios, que creó esa naturaleza espléndida para orgullo de nuestra raza, y rindiendo homenaje de humildad a su inescrutable Providencia, que lo mismo que se lo dio al mundo se

lo arrebató, sin dejarnos columbrar ni cómo se produjo aquel milagro de precocidad y pasmo de talento, ni por qué se extinguió tan pronto aquel sér en quien la mano creadora había parecido hacer derroche de sus más altos dones.»

Se va acercando ya la hora de dar fin a esta conferencia, y quedan todavía muchos aspectos de la actividad literaria colombiana de los que, por falta de tiempo, no he podido hablaros. Muy importantes han sido las contribuciones de Colombia a la historia, al teatro, a la novela.

El más grande historiador colombiano es probablemente José María Vergara y Vergara. Nació en Bogotá en 1831, y fue, como hemos visto, uno de los fundadores de la Academia colombiana. Su obra más importante es la *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, obra original y de mucho mérito, que dio a conocer la literatura colombiana en España, y sin duda contribuyó a que la Real Academia española estableciese centros correspondientes en la América latina.

Entre los novelistas colombianos descuella Jorge Isaacs. Su novela *María*, es una de las obras que han dado a conocer fuera de Colombia el movimiento literario colombiano. Se ha comparado justamente con *Pablo y Virginia* y con *Atala*. Se la ha llamado «gloria purísima de la literatura, imposible de ser superada por creación alguna análoga de otro autor.» Es muy popular todavía en Colombia, y de ella se han hecho numerosas ediciones europeas y americanas. Una edición acaba de publicarse en Nueva York para uso en nuestras escuelas y colegios.

Sobre el desarrollo del género dramático en Colombia, se podría escribir un estudio muy interesante. Me contentaré con citaros entre los autores de drama trágico-

a los dos hermanos Santiago y Felipe Pérez, y entre los cómicos a José María Samper.

Os he citado ya a Julio Arboleda como el poeta de la época revolucionaria. Felipe Pérez puede también ser elegido para representar la misma época; pero, mientras el autor de *Gonzalo de Oyón* es el poeta de la legitimidad, el autor de *Gonzalo Pizarro* es el poeta de la revolución. Felipe Pérez no solamente fue liberal en política, sino que perteneció a la facción radical más exaltada. En 1849 era uno de los gólgotas. Fue uno de esos que, con la cruz en los hombros, vinieron a promulgar ideas que debían ser, según ellos, redentoras de los pueblos. Estuvo, sin embargo, muy lejos de aprobar todos los excesos que entonces cometió su partido. Siempre se mostró enemigo de toda violencia. Y después de la guerra de 1876, aconsejó que se modificara la Constitución de Rionegro, que era entonces la causa de todo el mal. Pero sus sabios consejos no fueron escuchados, y el partido liberal colombiano cayó del poder.

Felipe Pérez escribió dramas, novelas, obras históricas, poemas líricos, un poema épico intitulado *El canto de los héroes*, una *Geografía de los Estados Unidos de Colombia*.

Su drama *Gonzalo Pizarro* está inspirado por los grandes dramaturgos españoles y es digno de Calderón y de Lope de Vega.

El héroe es uno de los hermanos del famoso conquistador del Perú. Gonzalo se rebeló contra el poder español, venció al virrey Blasco Núñez, y quedó dueño del imperio de los Incas hasta que un simple sacerdote, Pedro de la Gasca, que era al mismo tiempo un político de suma habilidad, sin derramar siquiera una gota de sangre, destruyó por completo el poder de la revolución.

Pero, a los ojos de Felipe Pérez, Gonzalo Pizarro es el intachable héroe. Gasca es «el espantoso Gasca,» «fraile astuto y cruel,» porque importa saber que los liberales colombianos, aunque citaban constantemente al mártir del Gólgota, detestaban cordialmente a los frailes.

Esta excesiva parcialidad del autor, acompañada de un falseamiento caprichoso de los hechos históricos, quitan al drama parte de su valor. Muestran empero al mismo tiempo una faz importante del espíritu de la época.

JOSE LUIS PERRIER

(Concluirá)

LA RECONSTRUCCION

DEL COLEGIO DEL ROSARIO

Al amanecer del día 31 de agosto del año de 1917, un fuerte movimiento sísmico llenó de pánico a los habitantes de la capital y produjo daños de bastante consideración en varios edificios públicos y casas particulares. Pero estos daños han sido de benéficos resultados para algunas edificaciones que no se avenían con las reglas que los modernos adelantos exigen a cierta clase de construcciones.

Tal sucedió con el Colegio del Rosario; y si en un principio nos contristó ver aquellas enormes grietas que en todas direcciones parecían escribir su sentencia de demolición; y si era penoso observar los tirantes de los corredores con sus extremos carcomidos y ligeramente apoyados sobre las mesas que reposan en las columnas, no era menos doloroso para los que amamos estos claustros ver salir repentinamente a todos